

Reflejos

Green Rose

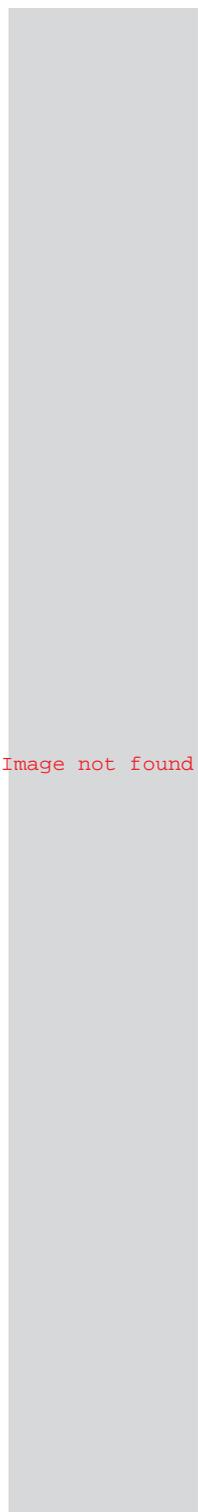


Image not found.

Capítulo 1

Capítulo dos: Un vacío sofocante

-La trama es un desastre.

-¡¿Cómo?!

-Justo lo que dije. Tanto la historia como el desenvolvimiento de los personajes es un manifiesto indudable de la vaga e ingenua concepción que tienes del mundo real. Cruza completamente las líneas de lo verosímil. Y por mucho.

-¿De qué demonios estás hablan...?

Todos los días es lo mismo.

Siendo sincero, a veces ni si quiera puedo recordar en qué momento, el escuchar tal cantidad de quejas por parte de distintos autores, terminó por volverse una rutina más para mí.

Es como si la gente simplemente no pudiese aceptar los errores de su propio trabajo. Solo digo, el que hayas puesto empeño en algo, no quiere decir que tus resultados vayan a ser de primer nivel. Así no funcionan las cosas, en la vida real, no existe un "premio por el esfuerzo". O ganas y triunfas...o sucumbes ante algo mejor. Es así de sencillo.

-¿Qué es todo este lío? ¡El eco de sus voces llega hasta la sala principal! Recuerden que debemos generar una buena impresión de calma y serenidad para no perder clientes...

En estos momentos, en serio desearía haber terminado mi turno laboral. La presencia del inspector en jefe, el señor Brider, nunca trae nada bueno...Sobre todo, porque trabaja en cooperación constante con el área de ediciones, y últimamente anda como si fuese el mensajero oficial de aquel sector. Más que preocuparme, su mera visita me da un mal presentimiento.

-No ocurre nada señor B.- Digo mientras pongo un sello de revisión en el manuscrito leído y lo coloco con cuidado junto a la fila entera de trabajos que irán a parar a la sección de reciclaje. –Solo acabo de tener una charla breve con el autor del boceto que acabo de examinar. De hecho, el joven escritor ya se iba. ¿No es así?

El novelista me miraba de forma desafiante, pero desgraciadamente, nunca fui de aquellos que se aminoran con facilidad, aun menos cuando se trata de cumplir con un trabajo. Supongo que el pobre lo adivinó por las malas, y al entender su posición, por fin decidió retirarse. En fin, creí que eso sería todo, pero justo antes de salir de la oficina, ya con la mano en el pomo de la puerta, se giró hacia mí.

-¿Sabes? Tardé más de un año para terminar de escribir esa historia. Invertí mucho tiempo en ella, y hasta tuve que cruzar gran parte de la ciudad para poder presentar el manuscrito en esta editorial... Yo solo, quería que lo supieras.

Y así sin más, cerró la puerta con un golpe sordo, dejándome una sensación de vacío que no había experimentado desde hacía mucho tiempo. Pero, ¿Qué se supone que hiciera? El trabajo de este escritor no estaba al nivel de la compañía. Además, aceptarlo por lástima hubiese sido, por lo menos, injusto. No había más que agregar.

...

Una vez que el joven se fue, la oficina entera quedó sumida en un silencio sofocante. Aunque, pensé que tal vez era mejor así: un ambiente sin críticas, correcciones ni rechazos; como parte de un hueco ausente e indiferente a los sonidos de un mundo lleno de caos y discusiones.

-Bien, supongo que ahora me toca fingir que aquello no fue incómodo...-El sr Brider quebró de un tajo la mudez del momento, con voz cansada pero divertida, como si no fuese suficiente el haber irrumpido en mi despacho sin ningún aviso anterior, también quería echarme en cara mi falta de habilidad para tratar con las personas.

-Señor B ¿Le importaría dejarme seguir con mi trabajo? Voy bastante atrasado. El novelista llegó sin sacar una cita previa, por lo que aquella visita me impidió revisar los manuscritos que tocaban para hoy. Debo concentrarme si quiero terminar a tiempo.

-Por los cielos, chico. Deberías relajarte un poco. Te sugiero que en vez de actuar como una máquina sin sentimientos andante, te pongas a investigar cómo tratar con mayor delicadeza a los demás. Sobre todo cuando corriges sus trabajos. Ya sabes lo que dicen por ahí: Ponte en los zapatos del otro y todo ese rollo.

-Señor, con todo respeto, tomaría en cuenta su consejo, si pensara que éste fuese a servirme de algo para el trabajo. -Agregué con sequedad, pensando en si alguna vez el inspector dejaría de actuar como un profesor de disciplina escolar.-Pero no creo que ayude. Ahora, si no tiene nada que

agregar, estoy ocupado...

Acomodo algunos papeles del escritorio y respiro hondo. Espero que el inspector esté de buen humor. Mi tono al hablar casi siempre es neutro, pero a veces, aquello es percibido por los demás como una muestra de indiferencia terca y extenuante. No quiero que mis palabras sean tomadas como una falta de respeto. Sin embargo, ciertos escenarios no se pueden evitar.

-Bien, supongo que "agregaré" un par de cosas.-Continuó el señor B, con una expresión ligeramente más grave que de costumbre.- La primera: Puede que tengas un modus operandi propio y eso, pero recuerda que yo sigo siendo tu superior, tanto en encargo como en edad, así que sería mejor un poco más de consideración en ese aspecto.

-Yo...no quise...-Intenté disculparme, pero él prosiguió, ignorándome deliberadamente. En realidad, no vale la pena insistir con ello. Después de todo, el sr. B me conoce desde hace algún tiempo, sabe que soy un desastre a la hora de pedir perdón, así que estoy seguro de que entiende lo que tengo por decir...

Nunca lo vi como inspector, a decir verdad. Para mí, el señor Brider, fue siempre como el padre que nunca tuve. Un adulto que se preocupaba por cada una de mis faltas y logros.

Gracias por tenerme paciencia, me gustaría decirle. Pero resulta que también soy bastante malo con los agradecimientos.

-Bien entonces, en segunda mano: la razón por la que vine. En el sector de ediciones me pidieron que te llamara, estaba en camino cuando escuché la discusión y como verás, así resultó todo. En fin, te necesitan allá lo antes posible.

-¿Por qué...?

-No me comentaron más que esto. Pero seguro no es nada importante. De todas maneras, yo que tú, acudiría justo ahora.

-Bien. Entonces iré. Por cierto, Sr. Brider, ¿Podría llevar esos papeles a la zona de reciclaje por favor? No creo que alcance a llevarlos yo, ellos cierran en unos veinte minutos.

-Yo me encargo.

-Se lo agradezco señor.

-Solo ve. Es en la segunda oficina a la izquierda.

¿Así que segunda a la izquierda? Y yo que quería tener un poco de paz.

...

Encontrar la oficina no fue tarea difícil, ya que todo en la editorial Marué está condenadamente bien distribuido. Tanto así, que hasta asusta un poco a los recién llegados, ya que nos hace parecer unos maníacos del orden y pulcritud. Pero a decir verdad, aquello termina siendo solo en apariencia. Aquí, cada quien forma parte de un equipo, y la mayoría de trabajos se hacen en constante comunicación con los distintos sectores, desde producción hasta ventas. Se supone que aquellos que califican para este tipo de empleos, son personas con alta capacidad de colaboración grupal y negociación. Pero al parecer siempre existe una excepción a la regla, y en este caso, el que está fuera de cuadro...vendría a ser yo.

Algo inquietante es el hecho de no saber por qué acepté ingresar a Marué en primer lugar, y cada vez que me detengo a pensarlo, tengo la sensación de que la respuesta se me escurre por los dedos. Es realmente frustrante.

Al llegar al despacho principal de ediciones, segunda oficina en el lado derecho del pasillo, pensé que lo mejor sería no entrar. No quería encontrarme con la persona tras el escritorio de aquel lugar. Eso podría acabar en desastre. Ni se me ocurrían palabras suficientes para describir lo incómodo de la situación. Pero en fin, así de pequeño es el mundo. Sobre todo, el mío.

Toqué un par de veces la puerta.

-Adelante, está abierto.-Me invitó a pasar la ya conocida voz de una de las personas más importante de la empresa: El jefe de toda el área de edición. Y mi mayor pesadilla.

-¿Para qué pediste que viniera? Sabes que siempre estoy atareado.-Dije mientras ingresaba a la oficina y cerraba la puerta de caoba pulida detrás de mí.

-¿Esa es tu idea de un saludo? -Respondió él con sorna.-Con razón el Sr. Brider anda como loco tratando de calmar a los autores que rechazas.

Su forma de hablar conmigo siempre es tan despreocupada y ligera. La falta de formalidad de sus conversaciones me resulta un poco molesta. Es como si no le importase lo que opino de él. Como si yo no valiese el esfuerzo...

-Yo no...le pedí que hiciera eso al Señor B. -Fue lo único que atiné a responder.

-Cielos, ¿Nunca cambiarás verdad? Él solo intenta ayudarte.

-Pues creo que sería mejor si ayudase solo a aquellos que se lo piden.-
Añadí con sinceridad. No es que tuviese algo en contra del señor B, pero creo que debería centrarse más en su propio trabajo, después de todo, ser inspector no es tarea fácil. Siento que se preocupa demasiado por mí.

El editor me miró entonces con ojos incrédulos, y por unos instantes, bajó la cabeza, como intentando descifrar la razón de mi respuesta. No tardé en descubrir una inquietante pausa en la conversación, por lo cual, hasta llegué a pensar que me había pasado con lo que dije sobre el señor B. Pero entonces, el jefe por fin continuó.

-Ni modo. Dejaremos esto por hoy...En realidad te llamé por otro asunto.-
Suspiró mientras se ponía de pie y me pasaba unas cuantas hojas de papel.

-¿Qué es esto? ¿Un manuscrito?

-Así es. Pertenece a uno de nuestros autores más jóvenes.

-¿Para qué me lo entrega?

-Quiero que lo revises. Solo una vista rápida. Me interesa saber tu opinión.

-¿Te estas burlando de mí?-Pregunté con la intención de sonar enojado, pero mi tono le quitó vitalidad a la frase.

-No es eso. En verdad quisiera saber cuánto potencial le ves a la historia.

-Eres el editor en jefe.-Repuse con toda la calma que pude juntar.-Tienes a cientos de trabajadores que podrían darle un vistazo rápido a este borrador... ¿Pero me mandas a llamar, aun sabiendo todo el trabajo que me queda por hacer? Hoy no es el mejor día para tus ocurrencias.

-¿Es que siempre serás así de amargado? Pareces mayor que yo.

-El que tú seas un inmaduro no tiene que ver conmigo.

-Bueno, ya fue suficiente. Tú ganas y yo soy un inmaduro. ¿Ya te sientes mejor...Briel?

-Deja de hablarme así. Ya no soy un niño. ¡Y te he dicho cientos de veces

que no me llames Briel!

-Ah, cierto. ¿Entonces cómo debería decirte? ¿Gabo?

-¡Sólo dime Gabriel!

-Bueno, parece que alguien se molestó...

-¡Ya deja de jugar conmigo!-exploté- Esto no es gracioso...

Briel.

Ya nadie me llama así. Al menos, nadie debería. Aquel era el nombre de un joven amante de páginas y letras. Perteneció a un chico inocente y amable... que ya no existe.

-Sabes, verte renegar por pequeñeces como tu nombre, sí que resulta algo cómico.-Añadió él, como tratando de no reírse.

Creo que tengo la cara al rojo vivo. Justo ahora, puedo sentir cómo la sangre fluye por cada parte de mi cuerpo. Quiero golpearlo. No por haberme llamado Briel, pero sí por burlarse de mi delicado balance emocional. Él sabe mejor que cualquiera sobre todos los problemas que tuve cuando era más pequeño. No puedo aceptar que tome aquel mal recuerdo sin la seriedad del caso.

-Esto es todo. Me voy. -Dije decidido mientras avanzaba a paso frustrado hacia la puerta de salida.

-Gabriel.

-Estoy harto de tus juegos ¿Sabes? -Me detuve un segundo, apreciando el hermoso silencio que siguió a mis palabras, como preparando el terreno para una siguiente movida. Solté una risa amarga- A lo mejor... debería renunciar. Creo que es la única opción que tengo para no ver más tu rostro.

-Pero si vivimos...

-¡Pues no volveré! ¿Oíste?

-¡Hey! ¿Qué crees que...?

-¡DÉJAME EN PAZ!-Le grité a todo pulmón mientras cerraba de un portazo la puerta de su oficina. Me sentía un poco mejor, ahora que había podido desahogar un par de cosas allá dentro. Pero al salir, noté cómo todo el personal de ediciones me miraba con un gesto de sorpresa e indignación. Seguro estarían pensando que soy otro muchacho mimado con un empleo

ganado solo por suerte. Me detengo y los observo con cuidado a los ojos, buscando en ellos, el brillo de una comprensión perdida, pero no encontré una mirada a la cual aferrarme. Y a lo mejor, nunca la encontraré.

Estoy cansado.

No puedo contentar a todo el mundo. Para mí, las personas son tan difíciles de entender, que simplemente prefiero no gastar energías tratando de comprenderlas. Sin embargo, a pesar de todo aquello que sé y todo aquello que pienso, no puedo ignorar el disgusto que me invade, ante la creciente impotencia que tengo para superar los problemas por mis propios medios.

Cierro los ojos con fuerza, reprimiendo cualquier signo de emoción que pueda salir en ellos.

Genial. Ahora soy un joven "*problema*" también. Lo que me faltaba.

Capítulo 3: Volver

...

-¿Seguro que no podrías adoptarme?

-¿Adoptarte? Vaya chico, siempre creí que eras raro, pero esto... Simplemente no lo asimilo. Los adolescentes y sus condenadas complejidades.

El señor Brider no dejaba de ordenar su escritorio mientras yo le contaba las últimas de mi reunión con el jefe de ediciones.

-Me despedirán ¿No es cierto? -Pregunté sin disimular mi angustia. Ya no importaba.

-La verdad, no lo creo. -Dijo el inspector con voz dura pero dulce a la vez. Algo me dice que está tratando de consolarme, sin embargo, aquello solo hace que nuestra conversación se vuelva lenta y pesada, realmente difícil de llevar.

-Yo... -Comencé a balbucear, intentando encontrar alguna excusa rápida para retirarme de la vieja oficina del señor B, pero mi mente estaba en blanco, no se me ocurría ninguna buena explicación o justificación que valiese la pena intentar. -Yo... lamento haber entrado en su despacho sin avisar señor Brider. Debe de estar ocupado, por lo que será mejor que me vaya. Es decir...

-Hijo, tranquilo. -El viejo señor B levantó la vista de sus papeles y me observó detenidamente- Mira, sé que no te echarán de esta editorial por

ahora. Eres un joven muy competente y responsable. Sí, algo gruñón y malhumorado, pero útil, después de todo.

-Aun así...

-Además, si yo fuese el jefe de ediciones y quisiera despedirte, ya lo habría hecho. Hace una infinidad de discusiones.

Me quedé en silencio, jugueteando con un pequeño lápiz que el señor B había dejado olvidado encima del escritorio. No iban a echarme, eso era cierto, pero yo sabía la verdadera razón que los detenía.

-Creen que algún día volveré a ser Briel. ¿Verdad?

-¿Qué? -El inspector ahora me contemplaba con relativa curiosidad. No era de sorprenderse, yo nunca pronunciaba mi antiguo nombre. Prometí que jamás lo haría. Pero heme aquí, sentado en una silla para escritores, hablando sobre tiempos diferentes. Continué.

-Ellos creen que algún día podré volver a redactar. Como antes. Y cuando lo haga, supongo que la editorial me arrastrará a una oficina y me hará escribir hasta que me sangren los dedos. Nada ha cambiado. Todo aquí es igual de enfermo.

El inspector soltó un par de palabras en voz baja, tan tenues, que no pude entenderlas, pero seguro hacían referencia a mi visión gris y nublosa del mundo entero.

-De acuerdo.-Dijo él tras un pequeño paréntesis reflexivo.- Por ahora, supongo que no puedo sentarme a conversar sobre las perversiones del universo, pero a lo mejor podremos hablarlo más tarde.

-Eso quiere decir que...-Levanté la vista con aire inquisitivo.

-Así es. Si quieres, puedes pasar la noche en mi casa. Pero solo será por hoy. ¿Vale? No quiero tener problemas con tu hermano. De todos modos, no sería la primera vez que ocurre algo como esto, podrías aprovechar el tiempo para culminar aquello en lo que estabas atrasado...-Pensaba el sr B en voz alta, hasta que hizo una pausa, y al voltear, un aura risueña asomó por su rostro.-Ah, pero debo agregar, que por ningún motivo pensaría adoptarte...Espero, por tu bien, que aquello lo hayas mencionado en broma.

Sonreí. A veces, el señor Brider puede resultar muy molesto, pero en lo que a mí respecta, no podría imaginar a un amigo mejor que él.

...

-Deberíamos abrirle.

-¡Bien, si quieres ábrele! Pero si pregunta, ¡No me has visto!- Bramé sin dejar de correr hacia el cuarto de baño.

Hace unos diez minutos que llevamos discutiéndolo. Pero el señor B insiste en abrirle la puerta al demonio, a pesar de que aquello es, por donde se vea, una mala idea.

Quizás solo debí volver derecho a casa. Igual que siempre.

En cuanto llegué al hogar del señor Brider, hace unas cinco horas, supe de inmediato que el viejo inspector no solo impartía orden en el trabajo, sino que aquella maña se extendía hasta los confines de su vida. Todo era impecable. Las paredes blancas no guardaban mancha alguna, y los cuadros exhibidos habían sido colocados de manera tan simétrica, que un profesor de geometría hubiese llorado. Era una casa enorme. No como para ser considerada una mansión, pero casi.

Al llegar al cuarto de baño, cerré la puerta con llave y me dispuse a espiar los sonidos provenientes de la sala. Pasados unos minutos, los golpes de la puerta principal cesaron, en su lugar, pude oír claramente cómo el señor B quitaba los seguros de la entrada. Acababan de firmar mi sentencia de muerte.

-Déjalo, Brider. Sé que el chico está aquí.-La voz del jefe de ediciones retumbaba por toda la casa. Su tono sonaba resuelto, y preocupado, de alguna forma.

Por favor, vete.

-Tranquilo señor. El muchacho se encuentra bien. Solo necesita descansar.-Oigo como el inspector intenta calmar los nervios.

-No me preocupo por eso...Brider, ya no sé qué hacer con ese chico. Piensa y razona como un adulto hecho y derecho, pero actúa como un bebé cuando se trata de discusiones personales. Y lo que es peor, cuando se trata de mí, para él, todo es personal.

-Seguro es cosa de adolescentes. Así son todos. Rebeldes e impredecibles, pero con buen corazón...

La conversación entre ambos jefes se prolongó un corto tiempo más. Pero yo ya no tuve cabeza para seguirles el paso. Mi mente estaba perdida en un cúmulo de pensamientos superficiales, como el color de las losetas que cubrían el piso, o las formas marinas pintadas en las paredes. No quería

saber de qué hablaban ahí afuera, ni me interesaba, solo anhelaba un poco de espacio. Un lugar donde respirar.

Me quedé quieto. Sentado en el frío suelo del baño con las rodillas abrazadas y el mentón descansando sobre ellas. Por fin, al cabo de unos momentos, escuché el sonido de una cordial despedida, seguido de un leve crujido provocado por la puerta al cerrarse...

Se había marchado.

No podía creerlo. Con el corazón suspendido, decidí salir del cuarto de servicio, tratando de hacer el menor ruido posible.

De verdad, se ha marchado.

-Ya se fue.- Informó el señor B, después de haberme visto cruzar el pasillo como si fuese un campo minado.- En verdad, sí que eres todo un dramático. El jefe solo está angustiado. Tu comportamiento lo asusta de forma que no te imaginas.

-¡Pues yo no supliqué que se preocupara por mí! -Aclaré con enojo.- Yo no necesito la compasión de nadie.

Ni siquiera la de mi hermano.

Capítulo 4: De mi mala suerte y otras cosas

El inspector captaba con evidente desaprobación todos los comentarios que salían de mis labios con respecto a la situación en general.

-Sí, definitivamente nadie necesita la compasión del prójimo, pero a veces, sí su preocupación- Continuaba con su deliberación el señor B.- En todo caso, no vale la pena el reñirse con un hombre tan ocupado como el jefe de ediciones. Digo, su propio cargo implica un sacrificio de gran cantidad de tiempo y esfuerzo...

No me agrada nada el rumbo de esta conversación.-pensé.

Si Brider está a la expectativa de que diga lo absolutamente admirable y trabajador que es mi hermano mayor, entonces tendrá que conformarse con esperar pacientemente por, los aproximadamente, 86 años que me quedan de vida.

-Bien "señor detesto todo lo que me rodea". -Dijo el inspector Brider al cabo de unos momentos de intenso silencio.-Me temo que estoy cansado de la cara que pones cada vez que te encuentras odiando al mundo en silencio. Ah, y hablando del mundo entero,-Agregó el señor B con la intención de realizar un anhelado cambio de tema.- Escucha, justo ahora, el jefe ha mencionado que se han presentado ciertos problemas menores en el área que inspecciono, por lo que tendré que ir a supervisar cómo van las cosas por allá en la editorial...

-Entiendo.-Dije con voz baja, pero perfectamente audible, cortando con eficiente rapidez, una explicación que anunciaba ser exhaustivamente innecesaria- No causaré problemas en su ausencia señor. - Respondí con seguridad. No quería que Brider también se uniese al gigantesco grupo de personas en la editorial que creían que yo era una persona incapaz de arreglárselas por su cuenta.

Puedo cuidar de mí mismo. No es necesario preocuparse por cosas tan nimias como el dejarme solo en casa.

Después de todo, ya estoy acostumbrado.

Igualmente, a pesar de mis palabras, el señor B parecía seguir meditando la idea de quedarse o ir a supervisar el trabajo en Marué. No podía entenderlo. ¿Por qué algunas personas tienden a complicarse tanto con decisiones tan sencillas?

Mi familia, por ejemplo, de alguna manera fue simple y llana en cuanto a la toma de decisiones. Cuando descubrieron que yo tenía facilidad para escribir, ni siquiera dudaron en enviarme a otra ciudad para recibir clases particulares con especialización en letras. Sí, ni siquiera vacilaron en aquella ocasión, aun sabiendo que no me volverían a ver hasta que yo hubiese culminado mis estudios.

Lo cual, ocurrió abruptamente al terminar el quinto año de enseñanza.

Mientras yo cavilaba en tantos vagos recuerdos de una infancia prácticamente inexistente (nótese el sarcasmo de la expresión), el señor B parecía estudiarme con atención, mirándome a los ojos, como tratando de entenderme, pero aquello, para mal de todos, es imposible.

La verdad, es sabido que nadie puede culparme por la poca conexión que tengo con las personas, pues a pesar de la aparente trivialidad de cada situación que se presenta, tanto mi modo de ser, como la conducta "cambiante" que parece caracterizarme, en realidad, tienen un origen, y una razón mucho más complicada de explicarse.

No sería correcto juzgarme solo por aquello que muestran mis ojos en el presente, cuando el brillo que los cubría fue arrebatado en un momento

incierto, pero sin duda anterior.

-Gabriel.-levantó la voz el señor Brider, tratando de sacarme ileso de mis pensamientos.

-¿Perdón? ¿Me estaba diciendo algo señor? Estaba algo distraído...-
Respondí cautelosamente, cerciorándome de resaltar un nivel de disculpa aceptable en mi voz.

El señor B hizo un pequeño gesto de incredulidad, para luego retomar el hilo de la conversación que había iniciado. -Decía que tu hermano me ha comentado que sueles saltarte la hora de cenar a menudo. Pero yo te digo, que de ninguna manera ocurrirá eso bajo mi techo. Hoy comerás por todas las veces que faltaste a la mesa. -Mencionó él, sin dejar de caminar hacia la salida principal de la casa.-Por cierto, puede que yo no llegue a tiempo para la cena, pero ésta ya se encuentra preparada y te espera en el comedor principal, no habrá excusa que valga para la ocasión. ¿Oíste, genio de las letras?

A pesar de la pequeña burla escondida bajo estas palabras, sabía que el señor B estaba intentando animarme un poco, tal vez sintió que aquello me reconfortaría de alguna manera.

Pobre señor Brider, no sabe que la última vez que dejé escapar algo de alegría, fue en una época que ya no puedo recordar.

Llevaba apenas unos minutos solo en aquel lugar, cuando un claro aburrimiento empezó a asomarse por uno de los rincones más sutiles de mi mente. Era un sentimiento casi imperceptible, pero estaba ahí. Y saberlo, es decir, tener plena conciencia de aquella sensación, me producía una intranquilidad solo comparable con los tediosos años en los que me hallaba de estudiante en un viejo salón apartado de la Gran Academia de Letras.

Pero, supongo que esto tiene sentido. Desde que puedo recordar, toda mi vida me he encontrado inmerso en un mundo cambiante, de constante acción. Un universo, que requería mi completa atención y seguridad en todo momento, sin dejarme aire para respirar o suelo en el cual detener mi marcha.

Siempre fue así. Hasta aquel día. Por ese entonces, creí que por fin había despertado de una vida nubosa, pero en su lugar, me di con la sorpresa de hallarme frente a una pesadilla nueva y mayor. Nunca más quise volver a soñar.

Sin darme cuenta, llegué a la puerta que daba a la cocina, es entonces que detuve el paso y también la larga cadena de pensamientos que había iniciado. Ya sabía dónde acababa, y nunca pude desenredar su final.

Me he rendido, mi mente solo debe asimilarlo. *Llevo meses rendido.*

Al sentarme con cuidado en una de las pulcras sillas que rodeaban la mesa, noté cómo la cocina parecía haber sido usada solo un par de veces desde su construcción. El color predominante en las paredes y muebles era el blanco, el cual se iba mezclando con pequeñas losas de colores brillantes como el naranja y azul marino. Daba la impresión de que en cualquier momento, aquellas manchitas de color serían tragadas por el inmenso blanco, solo para dejarme sentado en medio de un lugar vacío.

Aprecié una vez más el lugar, y me concentré en la comida. Era una cena bastante modesta, conformada por un plato de pollo asado y una ensalada. Al parecer Brider debió advertir mis simples gustos en cuanto a comida se refiere.

Iba a dar el primer bocado, cuando vi con el rabillo del ojo, un pequeño folder colocado a un lado de mi plato. Inmediatamente pensé que se trataría de un documento olvidado por el señor B, concerniente a la editorial. *Sea como fuese, el que yo le diese un vistazo no le hacía daño a nadie.*

Sin embargo, al abrirlo, casi suelto una pequeña risita de pura incredulidad. Aquel, era el manuscrito que mi hermano había tratado de hacerme leer esta mañana, justo antes del portazo y la mirada acusadora del personal.

Me dije que no le seguiría el juego al jefe de ediciones, y cerré con fuerza el folder, dejándolo caer sobre la blanca mesa con un sonido firme, consolidando mi decisión. Pero la convicción no me duró mucho.

Le sonreí al techo, sabiendo de antemano, que acabaría leyendo esa historia, de una forma u otra.

Nota del autor.

Aquí termina la primera parte de una historia simple y profunda. Tenue, y de color suspirante.

¿Pero, qué se puede hacer con una novela tan corta y fragmentada? ¿Qué se puede hacer, cuando su prosa y encanto, han sido dedicados hacia sus

propias palabras?

Palabras. De eso hablo.

Porque ellas, sin piedad, tomaron el corazón que hoy me sostiene.

-Espero poder revelar la segunda parte...En este tiempo, o aquel.

-IMMER-

Capítulo 2

Capítulo 5 :Mal presentimiento

La lluvia caía sobre mi paraguas dejando leves toques como testigos de su presencia. Miré el cielo. Pocas veces lo hacía. Era gris, y tenía la apariencia de querer condensarse en un mar de nubes cargadas.

A pesar de todo, me gustaba. No corría a esconderme del clima como los demás transeúntes de la calle. Me limitaba a quedarme ahí. Parado, estirando un brazo de vez en cuando para cerciorarme de que las pequeñas gotas de agua seguían desprendiéndose del firmamento, terminando por caer sobre la punta de mis dedos.

Estaba pálido. La noche anterior no había podido dormir bien debido al condenado manuscrito que Briday decidió alcanzarme, sin duda por orden del jefe. No sabía cómo sentirme. En un buen principio, cuando hube leído las primeras páginas de aquella historia, me dije que no podía ser.

Sé que llevo poco tiempo en un puesto como editor, pero aprendo rápido. Eso nadie lo puede negar. Y si algo me ha sorprendido bastante, es la capacidad de poder entrever la naturaleza de un autor a través de sus palabras. Sin quererlo, al cabo unas semanas, comencé a divertirme un poco descifrando el carácter y las tendencias de diferentes novelistas que enviaban sus trabajos a la editorial.

Por ello, al leer el manuscrito del folder, sentí algo extraño. Rápidamente, identifiqué que la autora era una mujer, eso gracias a la precisa selección de palabras que empleó en su obra. Pero había algo más. Un detalle que se me estaba escapando. Conforme avanzaba la lectura, estaba cada vez más seguro: La autora era realmente joven. Según mi análisis, no debía de llegar a los veinte. Y fue ahí cuando se me ocurrió.

La hoja de datos pertenecientes al autor. Eso era lo que estaba buscando. Aun no sé decir la razón, pero me urgía la necesidad de saber quién era la misteriosa escritora que recibía tanto patrocinio y atención por parte de mi hermano, quien se había vuelto bastante insistente en el tema.

Rebusqué entonces con suavidad en el interior del folder, y encontré un pequeño sobre: El documento de vida redactado a puño y letra de la autora.

En fin, solo digamos que aquella noche, ya de por sí tenía un mal presentimiento.

Nombre del autor: Camile Yude

Edad: 15 años

Ocupación: Estudiante

Obra: -Aun no tengo el nombre-

Concurso de la editorial al que desea postular: Auteur

Escriba brevemente las razones que lo impulsaron a participar:

Concurriré para ganar el premio Auteur, a la edad de 15 años. Superando el record al escritor más joven, impuesto por el desaparecido Briel Damment.

-Sin mayores comentarios. Yude.